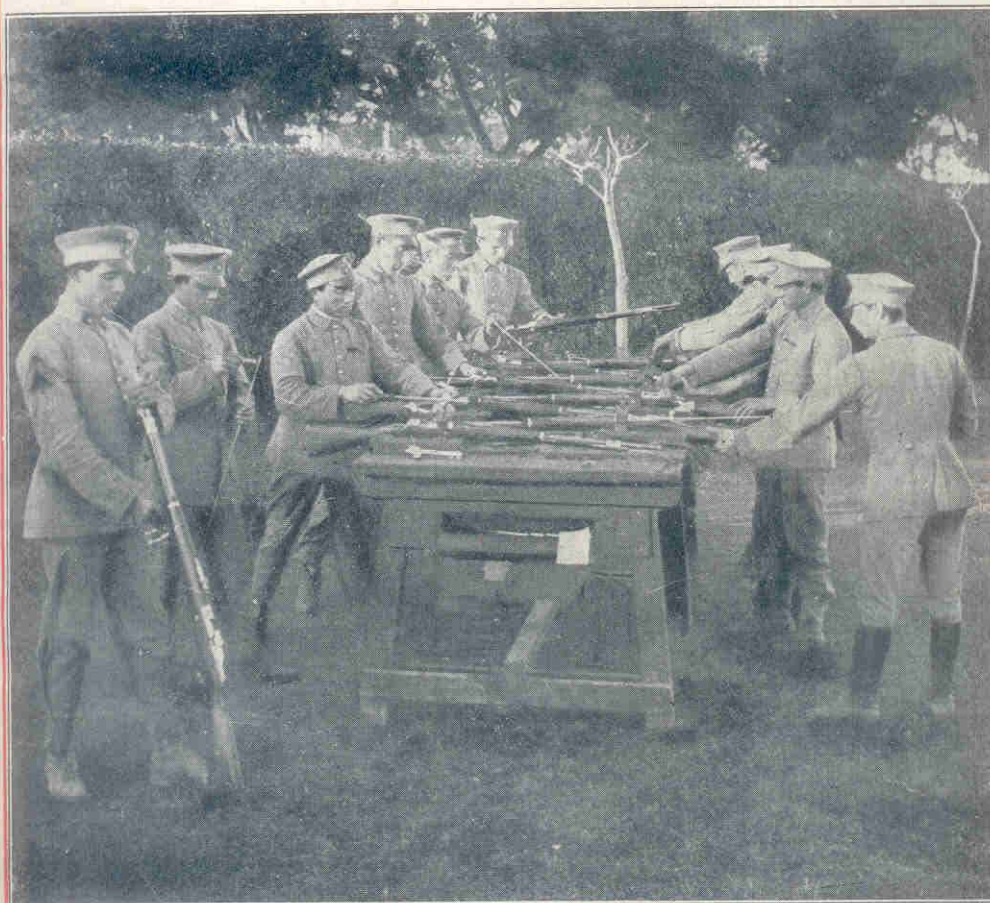


REVISTA DEL SUBOFICIAL

Año III.

Marzo de 21

Núm. 27



La limpieza y conservación
son los puntos capitales para que el armamento
pueda dar el máximo de rendimiento

Revista y Biblioteca del Suboficial

CIRCULO MILITAR

COMISION

Presidente: Coronel Agustín P. Justo; Secretario: Capitán Carlos von der Beeke; Vocales: Mayor Jorge B. Crespo; Mayor Mauricio E. Bonzón; Capitán Abraham Schweizer; Mayor Adolfo S. Espíndola; Capitán A. Campi; Teniente 1º Eduardo Pasqués Malmierca; Teniente 1º Moisés Rodrigo.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

Para los suboficiales del ejército, conjuntamente	\$ 0.75
Por trimestre adelantado	" 2.25
Por año	" 9.—
Números atrasados	" 0.75
Números atrasados para los suboficiales	" 0.50
En el extranjero, por año	" 12.—
En América, por año	" 10.—

Dirección, Redacción y Administración

FLORIDA 221 — U. Telefónica 932, Avenida — BUENOS AIRES

REVISTA DEL SUBOFICIAL

PUBLICACION MENSUAL

Dirección y Administración
Florida 221

Unión Telefónica
932, Avenida

Por nuestro honor y por nuestra disciplina

He leído recientemente, con desagradable sorpresa, en un diario vespertino de la capital, ciertas apreciaciones, que juzgo sencillamente temerarias, alrededor de los suboficiales del ejército con motivo de algunos hechos acaecidos en cuerpo de una lejana guarnición.

Volviendo por nuestros fueros honrados, por nuestra disciplina incoerruptible, podemos aseverar, contra todos los vientos y todas las mareas, que nuestra suboficialidad posee la noción clarísima del deber que ha solemnemente jurado; y que, por muy recios que sean para ella, y, por ende, para el ejército, los vendavales de la Historia, ellos la encontrarán siempre en su puesto defendiendo, con su tradicional entereza, la sagrada integridad territorial, la Constitución y las leyes.

Acudo, pues, a nuestro órgano para volcar en sus columnas, en nombre de los de mi clase, todo mi enérgico sentir y mi enérgico pensar en contra de los que, tal vez en un mo-

mento de disculpable desvarío, escriben sin estar informados de la verdad, cometiendo una dolorosa injusticia.

Hónrase, en grado sumo, el ejército argentino con los que, como suboficiales, saben moldear el carácter de los soldados de mañana, con los que, prematuramente aun, han sabido hacer el difícil aprendizaje del sacrificio para cuando llegue la hora de las pruebas honrosas y tremendas.

El suboficial, robustecido el caudal de su clarovidencia con el estudio bien aprovechado y la experiencia de cada día, sabe distinguir entre el elemento incontaminado, que viene de otras tierras a ofrendar su brazo y su inteligencia al verdadero progreso nacional, y el que, torturado por odios ancestrales, por atavismos seculares, llega a nuestras playas hospitalarias a descargar en ellas todo ese pesado farrago de un pasado de oprobio y de infinitas desventuras, olvidándose que la tierra que lo recibe, para ser libre y gran-

de, en la acepción más categórica del vocablo, ha sido fecundada con las lágrimas y la sangre de los más bellos heroísmos.

Y por eso, porque sabe distinguir entre esos dos elementos antípodas, entre esos dos polos diametralmente opuestos, el suboficial tiene su organismo moral inmune contra los gérmenes deletéreos que sin miramientos se enroscan en el tronco humano y asfixian y matan todo lo que hay en él de excelso y de sublime.

El sentimiento de argentinidad está en él tan fuertemente arraigado como en cualquier ser bien equilibrado el supremo instinto de conservación. Tiene delante de sí los ejemplos vivos y elocuentes de las colectividades que, electrizadas por químicos ideales, han detenido, quién sabe por cuánto tiempo, el humano progreso allí donde relucía esplendoroso como un campo de espigas bajo los rayos del sol; y por eso, dolorosamente aleccionado, está alerta como si el enemigo que asecha acelerara ya sus pasos para sembrar la zozobra en los hogares sin que una acción reparadora devuelva con creces la tranquilidad y el bienestar, sólo pregonados por las trompetas de la Imprenta, cuyas sonoridades no tienen poder para repercutir en los corazones de los que sufren.

Por más "cuarto poder del Estado" que se titule, negamos a esa prensa autoridad suficiente para dudar de que los suboficiales del Ejército no saben sentir, en toda su intensidad, las santas vibraciones del

patriotismo que conducen a las acciones meritorias de que están plétóricas las páginas de nuestra historia.

Hoy como ayer, y mañana como siempre, sépalo esa prensa precipitada y descompuesta, la suboficialidad,

que aspira a conquistar grados para honrar a la Patria y honrarse a sí misma sin vanas ostentaciones, trabaja con el ahinco de los reflexivos y los prudentes para continuar digna y valientemente la obra de los que tienen un altar en los pechos argentinos bien nacidos, llámense San Martín, Belgrano, Cabral, Falucho, Sarmiento, Mitre, porque las charretas tienen el poder de brindar proezas admirables vayan ellas sobre los altos hombros de los jefes como sobre los humildes de los soldados.

Los contagiados, los sacudidos violentamente por el viento de tempestad que sopla desde otros hemisferios, tienen en nosotros, en medio del proceloso mar de sus agitadas pasiones, a la roca inmovible contra la cual se estrellarán siempre.

Y si el gran prisionero de Santa Elena exclamó, en un momento de suprema inspiración: "¡Soldados: desde lo alto de esas Pirámides 40 siglos os contemplan!", yo quiero imitarlo para decir a los suboficiales del ejército argentino: "¡Suboficiales: desde los picachos de las nevadas cumbres andinas, los siglos que transcurran seguirán contemplándoos, sublimes voluntarios de la muerte, en Maipo y Chacabuco, para labrar la Argentina grande y poderosa en que

quieren clavar sus garras los que han hambre y sed de justicia”.

Y nuestra libérrima Constitución arrancará de ellas la tea del incendio para brindarles las armas contundentes de la Razón y de la Lógica.

ca y aplacar esa hambre y esa sed que los devora...

Julio C. Vargas

Sargento R. 5

San Nicolás, marzo de 1921.

Lo que debe saber el infante para la batalla

(Continuación)

5. *Tomar bien y con rapidez la posición de tiro.*

Como en la guerra sólo por medio del fuego podemos destruir a nuestro enemigo, hay que tener en el combate la firme voluntad de hacer un impacto con cada tiro. Pero eso sólo puede lograrse cuando uno hace todo lo que se le ha enseñado en tiempo de paz sobre las posiciones de tiro.

Debe observarse lo siguiente:

En la posición de cuerpo a tierra hay que tenderse en la posición de fuego con el cuerpo algo oblicuo con respecto a la dirección de tiro y de tal modo que pueda verse con exactitud el blanco; los codos deben asentarse con firmeza; el cuerpo plegado al terreno. La mano derecha empuña sólidamente la garganta; el fusil se apoya fuertemente contra el hombro con la mano derecha (en caso de tirar con apoyo, con la mano izquierda) y cuando la distancia sea gran-

de, contra el pecho; hay que llevar con rapidez la cola del disparador al primer descanso. Debe prestarse atención a que el alza no esté inclinada a un lado; apuntar con guiñón rasante y encorvar con tranquilidad el dedo índice.

Si en la posición de cuerpo a tierra no puede verse el blanco, hay que tomar la de rodilla, asentando en tierra la rodilla derecha y apoyando el codo izquierdo sobre la pierna izquierda, desplazada lo más posible a la derecha. El codo debe colocarse delante o detrás de la rodilla.

Recordar que el adversario apunta a su vez contra uno, y que, por lo tanto, conviene matarlo antes de que él pueda hacer impacto en nosotros.

Por eso debe ejercitarse hasta que resulte preciso como un manejo la acción de llevar con rapidez y exactitud la culata a la cara, de llevar pronto el disparador al primer descanso, de reconocer en seguida el blanco, de no apuntar con lentitud, de presionar tranquilamente y de cargar de nuevo con mucha rapidez.

Por medio de ejercicios especiales deben fortalecerse los brazos, el dedo índice, los ojos y la voluntad; entonces será posible hacer sin cansarse 5 o 6 disparos bien apuntados por minuto y por excepción en el fuego con la mayor rapidez posible 10 a 12. Y esta última clase de fuego puede exigirnos la batalla, por ejemplo, contra artillería, la que debe ser puesta fuera de combate en 2 minutos o contra caballería cargando p contra tiradores enemigos a distancias cortas, cuando se aproxima la decisión.

[Hacer impacto es siempre lo principal; pero quien pega primero pega dos veces!]

6. *La apreciación de distancias.*

En el fuego con dirección se ordena el alza. Pero se presenta a menudo en la guerra casos en que el mismo tirador debe elegir el alza, por ejemplo, en el fuego sin dirección (véase allí), o estando de patrulla o centinela; por tal motivo, tiene importancia la apreciación de distancias.

El resultado del tiro depende también de la exacta elección del alza; pero sólo es posible elegir bien el alza cuando se ha apreciado bien la distancia al blanco.

De aquí que es del mayor valor la apreciación justa y rápida de la distancia; mas para conseguir buenos resultados es indispensable mucha práctica.

En primer término debe adquirirse seguridad en la apreciación de las distancias cortas (hasta los 800 metros); los ejercicios empiezan gravando en la memoria lo mejor posible las longitudes tipos de 200 y 400 metros.

Si después hay que apreciar distancias en el terreno, debe fijarse, en primer término, si la distancia es inferior o superior a 800 metros. Si es mayor de 800 se buscará un punto en el terreno que esté a 800 metros de distancia; en seguida se aprecia el resto de la longitud hasta el punto cuya distancia se quiera apreciar. No debe olvidarse aquí que las longitudes tipos aparecen siempre tanto menores cuanto mayor sea la distancia a que uno se encuentra alejado.

Las distancias comprendidas entre 400 y 800 metros se pueden dividir también en dos partes iguales y apreciar después la longitud de la mitad.

Si uno dispone de escaso tiempo para apreciar la distancia, por ejemplo cuando se debe abrir lo más pronto posible el fuego, debe preguntarse únicamente:

- 1) ¿Cuál es la distancia *mínima* a que se encuentra ese punto de mí?
- 2) ¿Cuál es la distancia *máxima* a que se encuentra?

El resultado estará en la mitad de los dos números apreciados.

Si, por ejemplo, un punto está *por lo menos* a 800 metros y *a lo más* a 1.000 metros de distancia, enton-

ces puede apreciarse que se encuentra a 900 metros.

No es suficiente que uno pueda apreciar las distancias desde la posición de pie. En el combate deberá apreciarse en la posición de rodilla y, por lo general, hasta en la de cuerpo a tierra.

En todos estos casos debe recordarse lo siguiente:

Se aprecia *corto* comúnmente cuando el objetivo aparece muy *visible*, es decir, con sol deslumbrante, suelo uniformemente llano, sobre agua, cuando no se ven algunos trechos del terreno y con sol a la espalda.

Se aprecia generalmente *largo* cuando el objetivo es poco visible, es decir, con tiempo brumoso y tempestuoso, en el crepúsculo y cuando se tiene el sol de frente.

La experiencia enseña que en el combate se aprecia en general demasiado *corto*.

Con más precisión que a simple vista las distancias pueden determinarse con instrumentos.

También se puede, cuando el suelo permite ver la llegada de los impactos (arena), apreciar la distancia por medio del fuego mismo concentrando el fuego sobre un punto del blanco de observación especialmente favorable y aumentando, en caso necesario, la velocidad del fuego.

7. *El establecimiento en la posición de fuego.*

Si debe ocuparse una posición de fuego, sea en el ataque o en la de-

fensa, hay que cerciorarse, en primer término, si se dispone de campo de tiro libre, para lo cual debe apuntarse hacia el frente, oblicuo, derecho e izquierdo, sobre puntos del terreno que parezcan importantes. Al hacer ésto debe apreciarse rápidamente la distancia y elegir el alza correspondiente. Se procurará una colocación cómoda del cuerpo, así como un adecuado descanso para los codos y, en lo posible, también un apoyo para el fusil. Interesa mucho tener un campo de tiro libre; hay que reflexionar sobre la manera en que el adversario aprovechará el terreno al frente para efectuar su ataque.

Cuando el jefe da a conocer las distancias a los principales puntos del terreno, hay que apuntar sobre ellos con el alza correspondiente. ¡Punto a apuntar: el pie del blanco!

Cuando se ordene preparar la munición se sacará de la bolsa de víveres o de la mochila la cantidad que se indique y se la colocará de tal modo que puedan ser tomados con facilidad para la carga. Se prestará atención a que estén protegidos contra el barro y el polvo.

8. *El reconocimiento y la designación de blancos.*

Antes de ser soldados, la mayor parte sólo raras veces habrá tenido oportunidad de tener que observar objetos a grandes distancias. Cuando fué recluta le habrá llamado la atención de qué los suboficiales y soldados voluntarios han podido reconocer blan-

nos que se encontraban a una distancia muy grande y que el mismo no alcanzaba a ver. Es que todavía le faltaba la práctica de ver objetos lejanos. Este acostumbramiento de la vista y el reconocimiento de pequeños blancos sólo puede alcanzarse por medio de una continua ejercitación. Un soldado que haya dedicado atención a esta práctica de reconocimiento de blancos ve lo que sucede a 1.200 hasta 1.500 metros de distancia, si la luz es suficiente.

Estando en una posición de fuego es para nosotros de la mayor importancia ver antes al enemigo que éste a nosotros. Así podemos apreciar tranquilamente la distancia, elegir el alza, abrir el fuego y observarlo, mientras el enemigo, que ya es batido, es decir, está intranquilo, deberá proceder con todo apuro. Esta ventaja nos asegurará en muchos casos una rápida obtención de la superioridad del fuego.

Es también de importancia reconocer lo más temprano posible la entrada en posición de artillería adversaria, puesto que para nosotros es absolutamente indispensable ocasionarle grandes pérdidas mientras entre en posición y nos ofrezca, por lo tanto, con sus caballos un blanco grande; de ese modo le dificultamos, además, su apertura de fuego. Si ha logrado reglar su fuego antes que nosotros le ocasionemos pérdidas, nos resultará difícil poderla batir.

El primer soldado de una línea de tiradores que reconozca un blanco enemigo debe comunicarlo en alta voz

a su jefe, señalando la dirección con la mano.

El jefe decide si se debe hacer fuego o no contra ese blanco, haciendo calcular la distancia por los apreciadores de distancia o determinar por un telémetro y designando el blanco.

Como durante el combate uno puede verse obligado a tomar el mando de la escuadra cuando hayan caído los jefes y designar entonces un blanco, es necesario recordar bien la sucesión en que deben darse las voces de mando.

El reglamento dice que la orden debe comprender primero la dirección, después el blanco, el alza y por último la clase de fuego.

Así, por ejemplo: "Al frente, tiradores. Alza 6. Fuego de tiradores". Sin embargo, sólo raras veces podrá designarse el blanco con tanta sencillez.

Pero como debe designarse con tanta precisión que cada uno de los soldados de la unidad lo pueda reconocer efectivamente, es necesario ejercitar también la designación clara y que excluya toda confusión, de blancos que sean difíciles de reconocer.

Así, por ejemplo, de la siguiente manera: "¡Oblicuo derecho, 200 metros delante del molino de viento, en el trigal! ¡ametralladoras! ¡Alza 12 y 13! ¡Fuego de tiradores!"

El tirador debe cumplir esta orden de la siguiente manera:

En cuanto se designe la dirección y el blanco, se lo busca con la vista en la dirección ordenada, tomándose la

posición de tiro que convenga, moviendo en caso necesario el cuerpo. Al mismo tiempo se adelanta el fusil, con la mano derecha en la garganta, con la izquierda debajo del alza. En cuanto se ordena *el alza*, se procede a su graduación; cuando se ordenan

Los intervalos en las líneas de tiradores

El N.º 138 (1) hace la clasificación de las líneas de tiradores en *normales, ralas y densas*, de conformidad a los intervalos.

De aquí la interrogante: ¿tienen importancia táctica los intervalos y, por consiguiente, imponen al suboficial el cuidado escrupuloso de que su tropa los mantenga sin alteración apreciable desde aquel punto de vista táctico?

Indaguemos:

El N.º 140 nos dice que "en el orden abierto el soldado no está sujeto a un lugar determinado".

Esta cláusula parece acordar al tirador una completa libertad de situación, independizándolo en absoluto del mantenimiento de los intervalos.

Nada más erróneo, sin embargo.

El soldado, en el combate, no puede ser una partícula aislada que se mueva bajo el impulso antojadizo de sus caprichos.

Así, más que línea de tiradores,

(1). Todos los números que se citan en el presente trabajo corresponden al R. E. I.

dos alzas, el soldado de segunda fila gradúa la superior. A la voz de mando: *¡Fuego de tiradores!* se destraba y se inicia el fuego. La velocidad de fuego depende de la clase de blanco.

(Continuará)

más que un conjunto sólido de voluntades unidas por el deseo ardiente de la victoria, sería la hojarasca que el menor viento adverso dispersaría sin rumbo, serían los granos de arena remolineando en torno del menor obstáculo encontrado a su paso.

No; jamás debe olvidarse que sólo "una infantería bien instruída, bien conducida y de férrea voluntad siempre tiene probabilidades de éxito, aun en las circunstancias más difíciles y contra un enemigo superior en número" (N.º 264).

El paladín de la victoria está, pues, en que la infantería sea bien conducida en el combate, para cumplir lo cual los jefes de escuadra deben amoldar su conducta al N.º 160 y los jefes de sección a los N.ºs 166 a 168, inclusive.

La libertad fijada por el N.º 140 está, por consecuencia, supeditada a la eficacia del fuego (N.ºs 140 y 148), al aprovechamiento del terreno (N.ºs 140, 147 y 152), pero en ninguna forma y bajo ningún concepto a la facultad de *desgranarse* caprichosa-

mente sin cuidarse del "orden, la cohesión y la cooperación" (N.o 283) ni tampoco de la disciplina del fuego, que, entre otras cosas, impone "la observación constante a los jefes" (N.o 207) y todo lo cual, en resumen, denota en el soldado "el firme deseo de cumplir con su deber", dándole "superioridad sobre el enemigo" (N.o 155).

Unicamente así, *no desparramándose los hombres a capricho*, será posible al jefe de escuadra "conducir a los tiradores de su escuadra dentro del espacio que se le ha determinado" (N.o 160), espacio que, para no ser alterado, exige el correspondiente mantenimiento de los intervalos ordenados.

Nos encontramos, por lo tanto, frente al primer valor táctico — desde el punto de vista de la conducción — que los intervalos presentan.

Todavía encontraremos algunos otros. Ahondemos la investigación.

Las distintas formas de combate de una tropa son:

- a) En el ataque;
- b) en la defensa;
- c) en combate retardante.

Analicemos.

Ataque: En el ataque hay que considerar dos fases, a saber (N.o 166):

1.a El avance antes de la apertura del fuego.

2.a El avance después de abierto el fuego.

En la primera fase, como lo que se busca es alcanzar la posición desde la cual se va a comenzar el combate por

el fuego, los intervalos no tienen valor sino en cuanto contribuyen a reducir a un mínimo las pérdidas, expediente que el jefe de sección lo resuelve formando "líneas de tiradores ralas con mitades o escuadras y haciéndolas seguir con distancias variables" (N.o 166), pero a condición de reunir la sección:

a) "Al alcanzar la primera cubierta" y las sucesivas que el terreno ofrezca hasta llegar a la posición desde la cual se iniciará el combate por el fuego;

b) al alcanzar la posición elegida para la apertura del fuego, porque es fundamental "tener bajo su dominio a la sección para dirigir uniformemente el fuego y los movimientos y para ejercer y hacer valer su influencia personal" (N.os 167 y 197).

Como vemos, el R. E. I. preconiza el avance por olas, que no otra cosa son las líneas de tiradores ralas que se siguen con distancias variables *hasta alcanzar la primera posición de fuego*, dispositivo perfectamente lógico, pues esas olas no pueden molestarse entre sí dado que todavía no hacen fuego y que lo único que buscan es reducir su vulnerabilidad, ofreciendo blancos difíciles de batir.

En la segunda fase, los intervalos tienen otra y notable importancia táctica:

Desde luego, es evidente que cuanto más grandes sean los intervalos que tomen los tiradores para cubrir un frente determinado, menor será el número de fusiles que en él intervenga.

Ahora bien: como "el jefe de sección no debe olvidar un solo momento que el medio eficaz por excelencia para ganar terreno en el ataque es obtener la superioridad del fuego" (N.os 167 y 337), lo cual se consigue mediante líneas de tiradores densas y fuertes (N.os 333 y 335) y "manteniendo la potencia de la línea de fuego en todo su vigor por medio de refuerzos" (N.o 343), vale decir que *en cada posición de fuego los intervalos deben reducirse a su mínimo para dar, así, cabida a un gran número de fusiles y, por consiguiente, a un fuego aplastante, aniquilador, base de la victoria.*

Esta finalidad táctica fija rotundamente la conducta del suboficial en el combate ofensivo, imponiéndole ser severísimo en la obtención de la mayor masa de fuegos y, en consecuencia, en el mantenimiento relativo del intervalo ordenado para la línea de tiradores.

Defensa:

"La infantería, utilizando bien su arma de fuego, es muy fuerte y no necesita allí sino efectivos relativamente reducidos": (N.o 404).

La regla es, pues, pocos fusiles y abundante munición, para así estar en condiciones de abrir el fuego a grandes distancias (N.o 421) y darle la mayor fuerza posible a la reserva principal, porque "con ello aumenta la probabilidad de terminar la de-

fensa con una victoria decisiva" (N.o 416).

Como consecuencia, los intervalos no tienen otro valor táctico que el de prestarse al fuego propio de la defensiva, y de ahí que su mantenimiento o alteración no presente mayor valor.

Combate retardante:

Ya sea que se quiera ganar tiempo o simular un combate para enganar al adversario (N.os 425 y 426), lo cierto es que no se busca la decisión y, por lo tanto, la masa de fuegos, que es decir los intervalos, son de un valor secundario.

Aquí, más que nada, lo que interesa es el fuego a gran distancia, para lo que está especialmente capacitada la artillería (N.o 426).

Conclusión:

Los intervalos no pueden ser sensiblemente alterados sin cambiar fundamentalmente el objetivo de la lucha; sin pasar del fuego de masa al fuego ralo, o inversamente, y, por eso mismo, transformando una conducta ofensiva en defensiva, o recíprocamente.

Lo dicho basta para darse cuenta cabal de la importancia que tiene esta cuestión de los intervalos como orientadora de la cooperación del suboficial en el combate.

Tte. Coronel Smith.

Mitre

En la juventud y en la emigración.
— *Sus ideas de política internacional.*

La actuación pública de Mitre empieza a los quince años como escritor, y a los diez y seis como militar.

Como si el destino se empeñara en que su vida fuera, desde el principio, internacional, se inició como soldado en Montevideo en 1837, ascendió a subteniente en 1838 y en 1839 a teniente en el campo de batalla de Cagancha, en donde Rivera venció al ejército rosista que mandaba Echagüe.

En vísperas de esta batalla su padre, don Ambrosio Mitre, le escribió una carta, digna de los tiempos españoles.

“Te considero — le decía el padre — en los momentos de una próxima batalla que va a decidir la suerte de la patria.

“Espero que sabrás llenar tu deber. Si mueres, habrás cumplido tu misión, pero cuida que no te hieran por la espalda!”

Tal era el padre de semejante hijo!

El 16 de febrero de 1843 tiró el primer cañonazo que contestó la intimación hecha por Oribe desde las alturas del Cerrito a la plaza de Montevideo; y confirmó así el juramento de mi antepasado, jefe de gobierno de la defensa, que había dicho: “Oribe entrará a la plaza, pero será pasando por encima de nuestros cadáveres”.

Había llegado a teniente coronel a los veinticuatro años, cuando, a principios de 1846, el pronunciamiento ingrato de Rivera, “contra los porteños”, lo obligó a salir de la plaza a que dedicó sus más vigorosas energías con la espada y con la pluma.

Estuvo aquí, en Río, un corto tiempo y pasó a Valparaíso y luego a Bolivia, donde colaboró en la prensa y en el ejército en defensa del gobierno del general Ballivian.

Fué director del Colegio Militar, institución destinada a formar oficiales de escuela en Bolivia.

Declarado por una ley “benemérito en grado heroico y eminente de Bolivia” y premiado con un escudo por su acción decisiva y brillante en la batalla de Witiche, llegó a ser la primera figura militar de ese país.

Derrocado Ballivian por Belzú, conservó su autoridad como comandante militar de La Paz, pero rehusó entenderse con los revolucionarios, contestando a sus proposiciones con estas palabras, de la más alta moralidad política que registran los copiosos anales de las guerras civiles de nuestras democracias americanas:

“He tomado parte en la rebelión
“ como huésped que acude a apagar
“ el incendio de la casa donde vive,
“ pero desde que la guerra toma carácter civil, no quiero hacer el papel de aventurero y me retiro”.

En el Perú, donde pensó residir, declinó, por la misma razón, la dirección de un movimiento separatista.

ta en el sur de ese país hermano y, desterrado, volvió a Chile, donde estuvo hasta 1851, en que regresó a Montevideo para tomar parte en la cruzada contra Rosas y actuar en la escuadra brasileña, participando en el Paso del Tonelero, mereciendo del emperador la condecoración de la Orden de la Rosa.

En una carta dirigida en 1848 a don Andrés Bamas, que había reemplazado como ministro oriental, aquí, a Francisco Magariños, le describía su accidentado viaje por Bolivia y el Perú: "Yo he recorrido una larga y penosa peregrinación — le decía. — Durante ella, he sido periodista, romancero, militar, viajero, poeta, ingeniero y político; he gozado de las ovaciones del trabajo y de las amarguras de la proscripción; he escrito dos periódicos; me he hallado en dos batallas; he recorrido a Bolivia de sur a norte; he mandado dos cuerpos militares; visité el célebre cerro de Potosí; recorri el gran lago Titicaca; exploré las ruinas de Tiahuanaco; he atravesado dos veces la cordillera; he estado en la isla donde nació Manco Capac, y he recibido toda clase de honores, incluso los de la persecución, de cuyas resultas pasé en el Perú cuatro meses y de aquí a dirigir "El Comercio", de Valparaíso, que me da ocho linzas mensuales... En todas estas alternativas de buena y mala fortuna jamás me he sentido abatido

"x, lo que es más, he salido de todas ellas con la conciencia tranquila y la frente limpia".

Bien, pues, señores; este ilustre proscrito que con tanta dignidad sobrelleva la pena de vivir durante años alejado de su país y de su familia y que las circunstancias habían convertido en un peregrino de la desgracia en América, ha sido llamado por alguno de sus enemigos "condottiere político", dando a entender que ofrecía su espada y su pluma en el Uruguay, en Bolivia, en Perú y en Chile a cualquier causa!

Su recuerdo vive y vivirá eternamente en Uruguay, Bolivia y Chile y son los escritores de esos países quienes han contestado al sarcasmo aceptando el calificativo de "condottiere", pero "de la libertad", como lo fueron en esa misma época sus amigos y compañeros de armas en Montevideo, Garibaldi y Anzani; Thiebault y Desbrosses.

En esta vida de peregrino de los ideales liberales, Mitre adquirió mucha experiencia y sembró mucha influencia, al par que se formó un concepto puro y neto de la solidaridad americana y del carácter de hechos consumados que tenían la independencia de antiguas intendencias y provincias del virreinato del Río de la Plata.

Sus ideas se fueron suavizando y concretando en fórmulas prácticas.

(Del Boletín del Centenario de Mitre).

Fraternidad militar

Además, todos nosotros sabemos que en las vicisitudes a que podemos vernos expuestos en nuestra vida militar, nuestros compañeros de armas se hallarán siempre más cerca que nuestros amigos y paisanos; que en nuestras dudas no hallaremos consejo más acertado que el de un soldado; y que en los peligros, si alguien nos presta auxilio, será también un soldado. ¿Quién de nosotros querría posponer el afecto de aquellos con quienes tiene que vivir y entre los cuales debe acaso exhalar su último suspiro, a esas otras amistades de ciudadanos, que es necesario buscar fuera del propio círculo y que se cortan y renuevan a cada cambio de guarnición?

“Toda la ciudad aplaude la justicia que se hace a vuestro mérito”, decía un ciudadano a un oficial que había recibido recompensa por servicios útiles que había prestado, y éste respondía: “Mucho estimo el aplauso de mis conciudadanos, pero hay otra cosa que me tiene más contento y orgulloso: la aprobación de mis compañeros de armas”.

¡Espíritu de casta! exclamáis vos que sois sacerdote de la igualdad. ¡Dios os perdone! Venid conmigo: aproximémonos a aquel grupo de oficiales. Yo os presento allí como buen amigo! Eso basta para que seáis bien acogido por ellos. Decidnos el nom-

bre de aquel figurón que, henchido de orgullo, desde lo alto de su carruaje domina con aire de sátrapa a la humilde multitud de peatones. “Es un título rico que no sabe otra cosa que hacer de cochéro; un ricacho salido de la hez y del fango; un proveedor de subsistencias militares que ha llenado sus arcas dejando morir de hambre a los soldados”. Dispensadnos de esas cosas, que no tendréis la satisfacción de arrancarnos una diatriba contra los nobles, los ricos, los banqueros y los comerciantes en provecho de la *casta* militar. Aquél tiene mucho dinero. Buen provecho le haga. Tiene magníficos caballos, hermosos carruajes, un magnífico palacio... ¡Feliz él si vive contento! Hablemos de otra cosa. “Aquél es uno de tantos leguleyos que destrozan los más sólidos patrimonios y a fuerza de cháchara se visten despojando a los demás”. ¡Ah, vuestra lengua destila hiel! Si, es verdad, hay muchos hombres de ley. Es un mal; pero mientras que el mundo no cambie no podrá ser otra cosa, por lo demás; un elocuente abogado, un procurador inteligente, un notario honrado, son hombres respetabilísimos; pero si el asno encuentra quien le dé cebada, ¿querriais que la rehusara?

Habladnos de industria, de artes; llevadnos a la exposición de productos de nuestro país; decidnos que la

(Conclusión)

sociedad moderna no se ocupa más que en máquinas, en tejidos, en cachivaches, etc.; que un fabricante de peines es algo más considerado que un general; que el gobierno gasta y espárce tesoros para favorecer a la industria y las artes. Nosotros admiraremos, como cualquier buen ciudadano, la belleza y la bondad de los objetos expuestos, gozaremos ante aquel hermoso alarde de las riquezas industriales y artísticas de nuestro país y diremos que es un dinero dignamente empleado el que, ayudando al arte y la industria, da de comer al pobre y hace que nuestro país decaiga del rango elevado que ocupa en la civilización y que debe a sus antepasados. ¿Es éste el *espíritu de casta*? ¿Hemos dicho acaso que el dinero del rico estaría mucho mejor en el bolsillo del soldado? ¿Envidiamos acaso al magnate, al jurisperito, o al negociante de alta esfera, los honores, los títulos, las ganancias o los pingües sueldos? ¿Somos tan egoístas o tan tontos que censuramos al público porque prefiera al espectáculo de nuestras maniobras el de una exposición artística o industrial? ¿Quién de nosotros pretende hacer del ejército *la favorita* del gobierno? No: nosotros no envidiamos a nadie, sea quienquiera, la parte de sol y de aire que le corresponda; no queremos arrebatar a los demás el pan de la boca; no renegamos de la justicia que da a cada uno lo suyo.

Cada orden social tiene su camino marcado: nosotros los soldados tenemos el nuestro, y no pretendemos estorbar el de los demás. Estamos en

paz con todos, y vivimos con todos en perfecto acuerdo, hasta el día en que nuestro gobierno nos indique un enemigo. Y esto lo decimos particularmente a los que ven con celos y espanto ocuparse al estado en poner sus medios militares al nivel de su poder relativo, y de las circunstancias políticas en que se encuentra. No hay quien ignore entre nosotros que un estado bien ordenado necesita muchas y grandes instituciones civiles a las cuales no puede sustituir el ejército, y que cada una de ellas necesita de una vitalidad vigorosa que la espada debe respetar; que, finalmente, *el ejército no es el estado*. Así estuvieran persuadidos todos los que son extraños a la milicia de que el ejército, por su parte, es una institución tan benéfica como necesaria, y que en los tiempos en que vivimos no hay razón de pobreza, ni de amistad con las demás potencias que pueda dispensar a un estado, cualquiera que sea, de tener un ejército proporcionado a su población y a su posición geográfica y política, en la relación que la experiencia ha mostrado ser la mejor.

Por consiguiente, no atribuiréis al amor de casta el razonabilísimo deseo de que cada uno de nuestros cuerpos militares y el conjunto de nuestra milicia, estén tan bien organizados y provistos de lo necesario como las correspondientes fracciones de un gran ejército extranjero. Lo exigen al propio tiempo los intereses y el decoro del gobierno, de la milicia y del país. ¿Y dejaríais de despreciarnos si nos

contentáramos con ser soldados *a medias*?

Quiero ahora tomar un ejemplo de una época bastante lejana, siguiendo la serie de las memorias de un veterano del tiempo de Napoleón.

En un regimiento de caballería ligera al servicio de Francia había un soldado de carácter muy dulce para la profesión a que la suerte le había destinado, en una edad como aquella. Era la irrisión de sus compañeros y de las clases de su escuadrón; pero él no lo tomaba en cuenta, porque todos le daban pruebas, al mismo tiempo, de cordial benevolencia, exceptuando el sargento primero, hombre cruel y despótico, el cual, sin consideración alguna, le nombraba para los más humillantes servicios y le insultaba duramente. El buen soldado, que no era tan bueno ya, que tomara las injurias por caricias, le odiaba más que le temía, acompañándole en aquel odio todos sus compañeros.

Cierto día, después de largos meses de guarnición y de marcha, llegó para aquel regimiento el día del bautismo de fuego.

En tales circunstancias, una fracción del regimiento de que hablamos dió de cabeza en una emboscada de *vigilantes*. La vanguardia de aquella fracción, formada con fuerza del escuadrón a que pertenecían los dos individuos arriba citados, estaba para desembocar en una garganta situada entre dos pendientes cubiertas de bosque, cuando de repente parten contra aquella por el frente, por derecha e izquierda, frecuentes descargas. Los

exploradores empuñan sus mosquetes y disparan al acaso; pero el sargento primero, soldado veterano y muy diestro en el manejo del sable, salta de la silla, se lanza a la maleza que flanquea el camino y seguido por una veintena de los suyos trepa con ligereza por la ladera, llevándose por delante a los enemigos. Ya había llegado a la cresta de la altura y se detenía contemplando a los enemigos que huían, cuando oyó estallar a su espalda otra descarga y otra y otra. Eran los suyos que tiraban. Una bala le alcanzó en el costado y antes de que cayera al suelo, otras balas le pasaron muy cerca. Y los enemigos volvían a la carrera, y sus jinetes dándole la espalda se precipitaron al camino. Pero uno de los suyos le recoge, le carga sobre sus hombros, y a través de la espesura le lleva a sitio seguro.

Aquél era el soldado de quien había hecho su *ilota*, que no hubiera empleado ni un suspiro para salvarle de la muerte, y en aquellos momentos arriesgaba acaso su vida para arrancarle vivo o muerto de manos de sus enemigos. Viejo y pobre, refería éste muchos años después que mientras corría por el bosque con aquella aborrecible carga sobre los hombros, tenía fijo en la mente el maldito pensamiento de arrojarlo al fondo de cualquier arroyo donde desapareciera para siempre a los ojos de los hombres, y que si no lo hizo fué seguramente por aquel mismo sentimiento de fraternidad de armas, que le había impulsado poco antes a salvarle de caer prisionero y acaso de ser *enterrado*.

vivo, cuyo suplicio le había deseado tantas veces de todo corazón.

El *espíritu de cuerpo* es, sin duda, un medio eficacísimo para mantener vivas en un ejército las virtudes militares, por esa emulación que suscita entre las diferentes armas y entre los diversos cuerpos. Es un sentimiento de estrecha confraternidad que liga a los soldados de un mismo cuerpo, por lo menos a los mejores, y más particularmente a los oficiales, y dirige su acción en provecho y beneficio de la prosperidad y reputación del respectivo cuerpo. Es ese principio vital que hace de una aglo-

meración de hombres un *cuerpo*, que constituye la esencia particular, la personalidad de cada una de las masas organizadas y les da una fisonomía y una índole suya propia, atribuyéndole las cualidades morales del hombre. Es el amor propio del individuo aplicado a las masas que componen el ejército. Pero, ¡ay! si traspasa (como es fácil que suceda) los límites de la noble competencia de virtudes, pues se convertirá en origen de recíproco desprecio, de opresión, de odios y sangrientas discordias, como el egoísmo entre los individuos.

Enfermedades contagiosas

COMPLEMENTO DE HIGIENE MILITAR

Se llaman enfermedades contagiosas aquellas que se transmiten de un individuo a otro *sea por vía directa*, esto es, por contacto de un enfermo con un hombre sano: Blenorragia, sífilis, chancre blando; *sea por vía indirecta*, es decir, por el uso de objetos que hayan pertenecido a un enfermo; vestidos, ropa de cama, cepillos o por las excreencias de esos enfermos: materias fecales, orina, mucosidades de la nariz, de la boca; sea por ciertos animales: tales como insectos, moscas, mosquitos, pulgas, chinches, ratas, lauchas, etc.

Además de las enfermedades venéreas, son también contagiosas:

1.º La fiebre tifoidea, la desinteria, el cólera que se comunica por las materias fecales y las orinas.

2.º La escarlatina, sarampión, la difteria, la meningitis, la gripe, la neumonía y la parotiditis (paperas) que se transmiten generalmente por los esputos y las secreciones nasales.

3.º La viruela, la erisipela, la tina que se transmiten por las secreciones de la piel.

4.º La peste bubónica, la fiebre amarilla, tifus, el carbunco y el paludismo, son transmitidos por las ratas, las pulgas, las chinches, las moscas y los mosquitos.

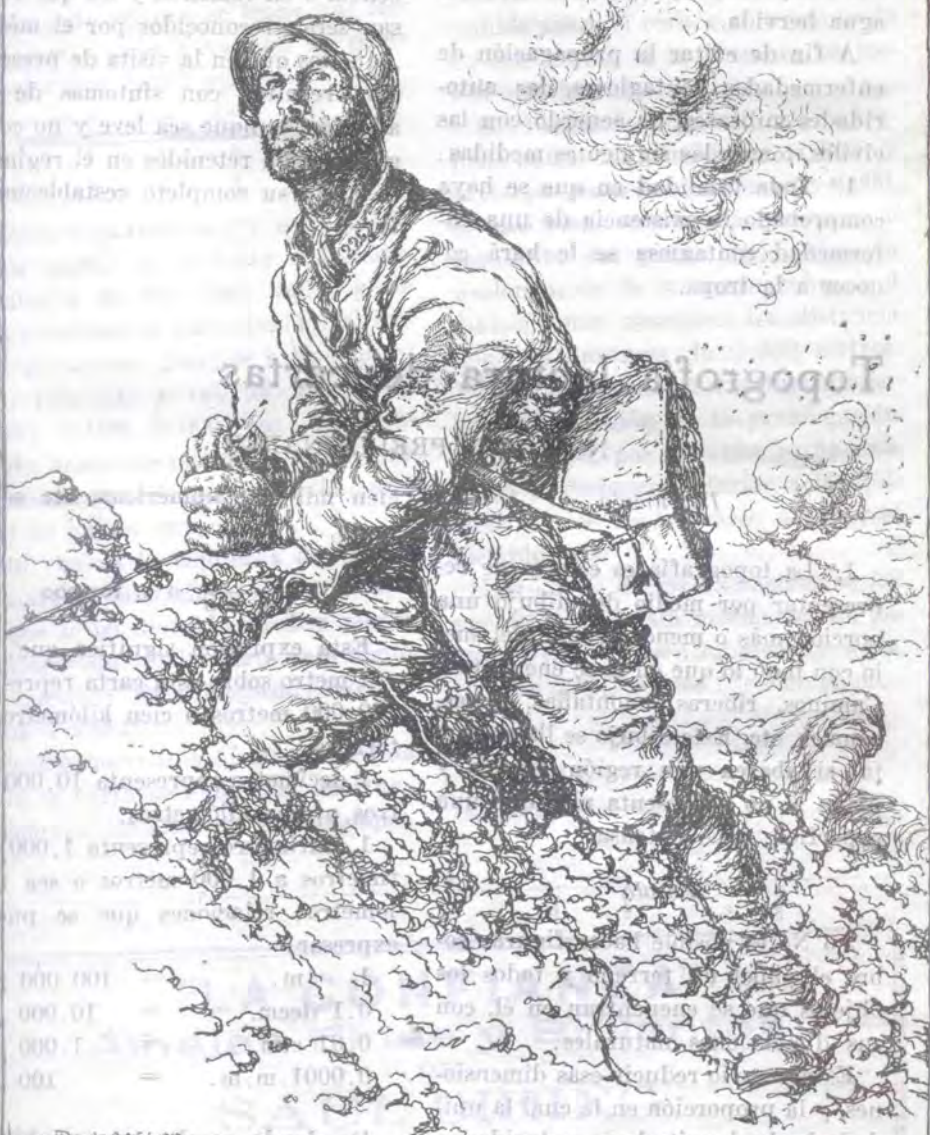
Las precauciones generales a tomar son:

1.º Aislamiento del enfermo, de los objetos que usa, vestidos.

2.º Aislamiento de los vecinos de la cama del enfermo.



El hangarillero



El telefonista

3.º Aislamiento de los portadores del germen.

4.º Lavarse frecuentemente las manos con jabón, enjuagarse la boca con agua hervida.

A fin de evitar la propagación de enfermedades contagiosas, las autoridades militares, de acuerdo con las civiles, toman las siguientes medidas:

1.º Toda localidad en que se haya comprobado la existencia de una enfermedad contagiosa se le hará conocer a la tropa.

No se acordará permiso en ella hasta que el peligro haya desaparecido.

2.º Los hombres que salgan con licencia o en comisión y los que regresan serán reconocidos por el médico. Aquellos que en la visita de presentación resulten con síntomas de una afección, aunque sea leve y no contagiosa, serán retenidos en el regimiento hasta su completo restablecimiento.

Topografía, lectura de cartas

NOCIONES PRELIMINARES

Definición

1.º La topografía es el arte de representar por medio del dibujo una porción más o menos grande del suelo con todo lo que en él se encuentra: Caminos, riberas, montañas, casas, canales, etc. Este dibujo se llama carta si abarca una región grande y plana si no representa más que una superficie poco extensa.

Escala

2.º No es posible hacer figurar sobre el papel un terreno y todos los objetos que se encuentran en él, con sus dimensiones naturales.

Es necesario reducir esas dimensiones, y la proporción en la cual la unidad de la longitud es reducida se llama escala.

La Carta de Guerra reglamentaria en nuestro ejército es a la escala uno

cien mil que numéricamente se expresa,

$$\frac{1}{100.000} \quad \text{o} \quad 1:100.000$$

Esta expresión significa que:

1 metro sobre esta carta representa 100.000 metros o cien kilómetros de terreno.

1 decímetro representa 10.000 metros o diez kilómetros.

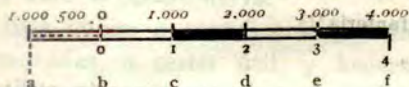
1 centímetro representa 1.000 centímetros a 1.000 metros o sea 1 kilómetro; relaciones que se pueden expresar:

1 m.	=	100.000 m.
0.1 decm.	=	10.000 "
0.01 etm.	=	1.000 "
0.0001 m.m.	=	100 "

De donde resulta que un kilómetro de distancia en el terreno se representa en la carta en un espacio de un centímetro.

Escala gráfica

Para evitar la construcción de la escala cada vez que se tenga que leer una carta, éstas llevan en su parte interior una escala gráfica.



Sobre una recta a (f) se ha tomado a partir de (b) las longitudes iguales a 0m-10: (be) (cd), y de que representan cada una 1.000 metros de terreno dándole a los puntos (b), (c), (d) y (e) los valores 0, 1.000, 2.000, 3.000, etc. sucesivamente hasta completar el número de divisiones iguales que sobre la recta (af) se hayan tomado.

En (ba) a la izquierda de (b) se ha marcado la mínima longitud: 0m-0 10 que se ha dividido en diez partes iguales y que cada parte representa 100 metros: Esta longitud (ab) se llama *Talón*.

Para conocer una distancia medida sobre la carta se toma una abertura de compás (un hilo, una tira de papel,

o un largo de lápiz) igual a esta distancia, se la lleva sobre la escala gráfica de la carta, colocando uno de los puntos sobre el cero, o a la izquierda de este punto si la abertura es menor que 0m-010.

Si el segundo punto cae, por ejemplo, entre las divisiones 3.000 y 4.000 se coloca este punto sobre 3.000, el otro viene entonces a quedar a la izquierda del punto (b), sobre la prolongación de la escala, sobre la 4 división por ejemplo. La distancia leída es entonces de 3.400 metros.

Si la punta no cae exactamente sobre una división de la prolongación entre 4 y 5, por ejemplo, se aprecia a ojo la distancia inferior a los 100 metros y se lee entonces 3.460 por ejemplo.

Las cifras de los kilómetros se lee por sobre la escala misma, las de los kilómetros (de cien en cien) y sobre el talón y las decenas (de cien en cien metros).

(Traducido y adaptado a la carta de guerra de nuestro país).

“LA CONFIANZA”

Alhajas Finas y Brillantes

— DE —

SAUL OIRING

Casa fundada en el año 1906

TALLER EN LA CASA

SE DAN CRÉDITOS CON FACILIDADES

CORRIENTES 2035 :: U. T. 7501 Lib. :: Buenos Aires

La disciplina, solidaridad y diferencia entre la disciplina y los castigos

(Traducción del francés de "El libro del
Suboficial de Infantería").

La disciplina es la sumisión entera a todos los reglamentos militares y la obediencia completa a todos los jefes.

Esto no es *servilismo*, pero sí un deber del hombre libre para con la institución armada de la nación, que nos ha sido impuesta por la fuerza de las cosas del mundo.

Cada hombre de un país libre y civilizado debe persuadirse a sí mismo, y poseer íntimamente la convicción real de que la disciplina es un *algo necesario y obligatorio*. El debe esforzarse en adquirir la virtud de someterse a ella espontáneamente, sin intervención de influencia externa alguna.

Un ejército no puede existir sin disciplina, pues sin ella no hay ejércitos posibles; éstos no serían más que bandas peligrosas, incapaces de llegar a un resultado o de obtener el menor éxito.

La disciplina es, pues, la fuerza principal de los ejércitos: la historia nos ha demostrado que la moral de una tropa y los éxitos de una campaña han dependido siempre del mantenimiento y la exacta observación de la disciplina. Los respetos a la disciplina nunca son excesivos, pues hay que tener en cuenta que ella es

la base de toda organización militar. No es sin razón que todos los reglamentos militares insisten sobre la necesidad de la obediencia por parte del soldado hacia sus jefes, y sobre las personas a que se hacen acreedores en caso de desobediencia.

En el combate el hombre es siempre tímido frente al peligro; la disciplina tiene por objeto en esta circunstancia darle coraje ante el temor, pero ella no es suficiente contra la debilidad humana; la solidaridad completa eficazmente la acción de la disciplina, imponiendo a cada combatiente la unión íntima y la ayuda mutua, como una necesidad moral, a la vez que individual y general.

La solidaridad crea la unión de los corazones y la confianza; unión y confianza dan sentimientos de fuerza, esperanza en el éxito y, por consiguiente, *valor para seguir adelante*, es decir, dominio sobre la voluntad y sobre el instinto.

La solidaridad es el vínculo moral que une a los individuos y los induce a ayudarse y a sacrificarse los unos por los otros. Cada uno necesita de su vecino; sin él ninguno es ni puede ser nada.

Ella impulsa al soldado a mantener con sus vecinos relaciones de amis-

tad, a ayudarlos cuando se presenta la ocasión, a consolarlos en los días de tristeza; ella mantiene el valor de todos y renueva su moral.

De la relación entre jefes y soldados nace la camaradería.

Ella obliga a sacrificarse por los camaradas, a serles útil, y hacerse apreciar por ellos.

Todos los servicios prestados son gratuitos; es vergonzoso para un soldado que preste un servicio hacerse pagar por él.

Las bromas groseras están terminantemente prohibidas; ellas denotan por parte del que las hace o las organiza una falta absoluta de solidaridad y hasta de caridad.

Más en el cuartel que en otra parte, el respeto a la propiedad de cada uno debe ser absoluto. El robo de objetos a un camarada, que no puede guardarlos en sitios que ofrezcan mayor seguridad, toma un carácter particular de gravedad con relación a un robo ordinario.

En la familia, en la sociedad, en todas las instituciones civiles, la disciplina, es decir, la ejecución exacta de las decisiones del jefe, es también necesaria; pero en el ejército el sentimiento de la disciplina debe ser más absoluto que en ninguna parte.

Diferencia entre la disciplina y los castigos.

Disciplina y castigos son dos cosas diferentes. Un soldado es disciplinado cuando posee el sentimiento íntimo de la subordinación y de la obediencia, en tal grado, que por puro deber los pone en práctica en todas las oportunidades que se le presentan.

Los castigos no han sido instituidos más que para la represión de los incorregibles, de aquellos que no cumplen con su deber y de aquellos que no quieren someterse a las exigencias de la disciplina.

Sastrería Civil y Militar

VIRGILIO ISOLA

Avda. de MAYO 1101

U. Tel. 4654. Rivadavia

BUENOS AIRES

CASA ESPECIAL EN UNIFORMES Y EQUIPOS MILITARES

FACILIDADES DE PAGO A LOS SUBOFICIALES DEL EJÉRCITO

"Zapatero a tus zapatos"

(CUENTO MILITAR)

Rey, el viejo sargento 1.º, retirado del servicio activo, no pudiendo habituarse a cobrar sueldo sin trabajar, había gestionado y obtenido un puesto de auxiliar en el D. M.

Hombre a quien adornaban las virtudes de un soldado de vocación, se hizo de relaciones en el pueblo de P... donde el D. M. tenía su asiento. Era allí muy querido, y formaba parte, todas las noches, de las tertulias que se realizaban en la farmacia del pueblo. No perdía oportunidad para hablar del ejército, porque Rey era un profesional y tenía la conciencia de que dentro de su jerarquía entendía el "oficio".

Entre los contertulios se encontraban el médico y un abogado. Por supuesto que Rey, como profesional que era, tenía un profundo respeto por las opiniones que cada uno vertía, en las cuestiones relativas a sus respectivas profesiones. Él decía siempre que, si tenemos una boca y dos oídos, ha de ser para escuchar el doble de lo que hablemos. Así lo había sentido decir a su abuelo.

Cuando, en 1914, estalló la guerra europea, Rey no hacía más que escuchar las largas disertaciones que, sobre "causas y orígenes de la conflagración", "complicaciones político-sociales y económicas", etc., hacía el abogado.

Pero chocaron las tropas, y empe-

zaron por todas partes a aparecer los mariscales, generales, etc.

Rey, cuando alguien le interrogaba al respecto, se concretaba honradamente a decir: no entiendo aún los movimientos ni las maniobras que se hacen; ellas están fuera de mi alcance.

El doctor, que leía diariamente los telegramas de los diarios, había llegado a la conclusión de que la conducción de la guerra era un asunto muy simple. El más fuerte y mejor preparado ataca; el más débil se retira, y cuando puede vuelve a atacar arrojando la "masa" de las tropas a un "punto débil" del enemigo. La cuestión era conseguir la "superioridad numérica en un punto". Luego venía la persecución a toda costa.

Era, pues, simple ordenar las cosas en "oportunidad". Naturalmente que daba gusto escuchar al improvisado *mariscal*, que se había munido de terminología militar, de la que hacía gala.

Rey no podía permitir la cosa, y tomó la palabra.

—Doctor, no es lo mismo manejar la pluma que la espada, y no es tan fácil a un general ordenar en oportunidad que combinar frases, generalizando una cuestión.

Imagine la gracia que le haría a un médico que yo dijese: la medic-

na es un asunto muy sencillo. Total: el arte de un clínico está en auscultar a su enfermo, determinar qué es lo que tiene, qué órgano funciona mal y recetarle "oportunamente".

Pues esa misma gracia me produce a mí su hermoso discurso sobre la guerra. Porque como el médico entiende su oficio, yo conozco el mío, y le garantizo que es muy difícil.

El médico reía a mandíbula batiente. El abogado, indignado, argumentó: Napoleón lo dijo a un general vencido por él. Que vencía buscando siempre la superioridad numérica, y que eso era todo.

—Es claro, dijo el sargento Rey, y aplicaba la receta "oportunamente". Lo que pasa es que muchos profesionales, cultos desde luego, no tienen respeto por la profesión militar, precisamente porque son en ella completamente ignorantes. ¿No ha pensado usted, doctor, que pretende censurar resoluciones estratégicas, cuando difíciles son las tácticas? ¿Acaso usted ha pensado alguna vez cómo se desempeñaría en campaña si un capitán, por falta de cabos, le enviase a usted como jefe de una patrulla a desempeñar una misión cualquiera?

—¿Yo como cabo? —interrogó furioso el abogado, a quien un suboficial le parecía un ignorante perfecto.

Rey contestó afirmativamente, y muy tranquilo agregó:

—No generalicemos, apreciable doctor, ni hagamos frases bonitas. Yo veo que usted, abogado distinguido, por quien todos los cabos del ejército tienen un gran respeto como ju-

riseconsulto, tiene por ellos como militares una gran falta de respeto injustificada. Ellos saben muy bien que nada entienden de derecho, y lo reconocen con orgullo, porque dedican su tiempo a perfeccionar sus conocimientos militares.

Pero vamos a un caso concreto:

El capitán quiere que usted, con sus ocho bravos soldados, avance esta noche como jefe de la punta de infantería hacia el puente Blanco (1), donde se encuentra el enemigo. Una compañía lo defiende, a la cual va a atacar nuestra compañía. ¿Qué medidas tomaría usted para cumplir su misión?

El doctor no había hecho su servicio militar. Realmente no encontraba más que avanzar con sus bravos hombres y no atinaba a tomar las medidas que corresponden, ya muy sabidas por los cabos del ejército.

Rey triunfaba, y agregó:

—Piense cómo sería si allí hubiese ametralladoras, o bombas, etc., o tuviese usted que atacar con bombas de mano. Sin embargo, un cabo que en tal circunstancia no hiciese más que avanzar con sus bravos, obtendría de su capitán una aprobación, desde que no hacía lo único que no se debe hacer en la guerra, que es quedar inactivo; pero si se tratase de ascenderle a cabo 1.º, el capitán no firmaría tal despacho.

Bayoneta.

(1) Puente de piedra conocido en el pueblo como "puente blanco".

El soldado

Yo me figuro un joven de mediana estatura, robusto y esbelto, de rostro abultado y moreno, con la mirada penetrante y ese aire de salud y vigor que gusta y alegra. En el vestir, en el porte, en su aspecto, en su aire, actitudes y movimientos, tiene un no sé qué de naturalidad, de gracia, de bondad y alegría, con cierto barniz, no muy agradable, de negligencia y dejadez. Charla y ríe de buena gana, teniendo en continuo movimiento cabeza y ojos.

En las reuniones populares se mete donde hay más apreturas, no toma puesto a codazos, se deja apretar y empujar, y con tal de ver cualquier cosa, se aviene con indifferente beatitud a estar incómodo. Pero, si le obligáis a estar inmóvil y serio, francamente, se enfada. Su mirar no es altanero, no es insultante, sino curioso y acaso burlón. En cuanto a religión es difícil que comprendáis cómo se la imagina y lo que para él viene a hacer. Mas si en esto hay mérito o culpa, no debe atribuírsele a él, sino a los tiempos, al espíritu y reglas de la milicia moderna.

No le preguntéis qué prefiere más: si hacer el ejercicio o pasear, dormir en su cama o en el camastro; pero ordenadle terminantemente un servicio cualquiera: contará por los dedos si le ha llegado el turno para hacerlo,

tal vez murmure un poco, se hará el distraído por algunos minutos... pero en último resultado hará su deber y procurará contentaros.

Una cosa hecha de mala gana, *como salga*, según suele decirse, le saca de sus casillas, especialmente si en ello tiene parte algún *recluta*; y no os maravilléis si él mismo, espontáneamente, providencia y ejecuta. En fin, el servicio militar no le desagrada, el nombre de su cuerpo le suena bien a su oído, el título de *soldado* le parece hermoso, le encanta su uniforme...

Veámosle sobre las armas: de centinela, siempre pronto a saludar a cualquier superior que pase a sus inmediaciones, fiel observador de su consigna, pero mirado en su lenguaje y maneras; acaso demasiado considerado y prudente, porque se le previno en ser comedido. En los ejercicios, lánguidos, pesados, distraído al principio. Dadle un instructor de experiencia, resuelto y activo que le mantenga despabilado, le mueva y aliente; veréis en pocos minutos reanimarse su mirada, su paso hacerse airoso y ligero, le veréis ejecutar con desenvoltura y precisión todos los movimientos que se le manden; pero si el mando es débil, frío, vacilante, ¡pobre soldado! resultará un ganso. Aprende fácilmente, pero olvida con la misma facilidad.

(Conclusión)

Entre sus superiores a los que más respeta son sin duda a los que menos conoce. La primera vez que tiene necesidad de dirigirse a un superior se encuentra encogido y atontado; pero no pierde gesto ni palabra y aquél, y sin querer, casi sin advertirlo, indaga, pesa y juzga, y está seguro que si hay en aquello la más mínima sombra de ridículo, no se le escapa.

Pongamos ahora a nuestro soldado en contacto con superiores de diferente cuño, y observemos su continente. Démosle un superior todo bondad, que discute con él y le da buenas razones... Tomará confianza, se echará al surco, y seguramente no le quejarseá mal, pero cuando pueda burlarse lo hará sin escrúpulos. Saltemos al extremo opuesto: démosle un superior villano y brutal: de seguro no le quejarseá, le llamará *perro* en su interior, le deseará con todo su corazón el mayor mal posible; pero le obedecerá puntualmente y dará pruebas de increíble paciencia. Démosle otro débil, de ideas vagas y maneras retraídas: se cuadrará y le hará un profundo saludo siempre que se le encuentre...; pero tened por cierto que se burlará de su torpeza y mezquindad. Sin embargo, un superior serio y seguro de sí mismo, que lo tenga a distancia y le hable poco, a tiempo y con dignidad, y sepa mantenerse en su puesto ante sus superiores respectivos, que dé órdenes terminantes y precisas y no se contradiga, que sea riguroso, justo e imparcial al propio tiempo, y que le haga el bien que pueda, pero con noble indiferencia, como si

no lo hiciera; semejante superior (y consolémonos, que no es un mito), encontrará en aquél un hombre sumiso por completo. En pocas palabras, nuestro soldado será un bribón, un bobo, un pillastre, o un *soldado*, según la índole y el continente de sus jefes.

Buen camarada con sus compañeros, tendrá su Píldes, su *adlater*, su círculo de compatriotas; pero si es provinciano no será muy fácil que él se olvide por los demás. Buen hijo y buen hermano, obsequioso con los jóvenes de su pueblo que vengan a visitarle, lo mismo que cuando va a pasar algunos días con su familia, es indiferente con los demás. Pero si cualquiera corre peligro, no permanecerá con las manos en los bolsillos, porque sabe que es su deber como hombre y como soldado socorrer a los demás y que el bien se premia hasta en la tierra. Sigue de buen grado el ejemplo de sus jefes para combatir los incendios, las inundaciones y las epidemias. Creo que no se encuentra en el mundo soldado más humano y caritativo.

Con el bello sexo no es muy galante; sin embargo, no le desagrade el bello sexo. Siente el amor a su manera; no es muy delicado ni muy escrupuloso en la elección, ni tampoco muy afortunado; pero no le importa. Si se compromete en serio, prefiere los paseos solitarios en compañía de su dama, a las ideas y venidas bajo sus ventanas. De sus intenciones no hablemos: ¡son tantos los casos!

Pospone de buen grado el teatro a

la cama, pero corre con entusiasmo a los espectáculos diurnos; le gusta el billar y no desprecia la *baraja*; acepta con gusto un vaso de vino y no se niega a pagarlo si tiene dinero; pero no frecuenta las tabernas. Los licoros espirituosos no le desagradan tampoco; pero le basta saborear algún sorbo al levantarse por la mañana. Un cigarro de la última calidad es para él un gran regalo, y en efecto, la compra de cigarros absorbe una partida importante de su presupuesto. Canta algún estilo sólo o en coros, en el patio del cuartel o en los terraplenes de la fortaleza donde está destacado, y alguna vez también cuando pasea con sus compañeros por las calles extremas.

En marcha, es buen andador, con tal que no encuentre un comandante tan caritativo que a los pocos pasos le permita dejar la mochila en el bageje y aun subirse en el carro a los pocos kilómetros. Es necesario tenerlo despabilado y alegre, hacerle cantar, hacerle tomar buen paso, largo y resuelto, haciendo los menos altos posibles. Se necesita, sobre todo, que los oficiales le den ejemplo, caminando a buen paso y conversando alegremente entre sí.

Con buen jefe hará prodigios en el campo de batalla. Vedle, despierto por la mañana al toque de alarma, correr a su puesto en las filas, permanecer inmóvil y silencioso, apoyado en el fusil, con la mirada fija delante de sí, el oído atento a los lejanos disparos que suenan acá y allá en la línea de las avanzadas. Aquella

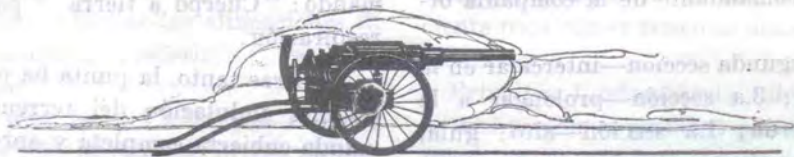
ansiedad casi penosa que se trasluce en su semblante, no es miedo, es la expresión de la incertidumbre, de la curiosidad y la impaciencia, que crecen a cada instante; pero su capitán pasea tranquilamente por delante del frente de la compañía, y mirando al cielo dice con la más completa calma: "Tendremos un hermoso día". Esto basta para reanimar a nuestro soldado: se endereza, se estira, bosteza, da una sacudida a la mochila, mira a su alrededor, mete mano a la caramañola y está pronto a marchar. Mas ¡ay si el capitán empieza a ir de un lado a otro cogiendo a éste por el pecho, a aquél por el brazo, pronunciando palabras que manifiestan su emoción, y volviéndose bruscamente a cada disparo que se oye! ¡Ay si no se presenta delante de su compañía!

Ya se ha visto pasar un herido sostenido por un compañero o llevado en hombros; ya se ven las vanguardias retroceder lentamente, tiroteándose, a la desbandada, el frente de la compañía queda descubierto; he allí entre los árboles a las guerrillas enemigas, y más a retaguardia alguno que otro grupo que se descubre por un instante, desapareciendo en seguida; las granadas estallan por todas partes, los proyectiles de la fusilería llenan el aire de extraños ruidos y golpean las plantas y los muros. Entretanto nuestros soldados permanecen inmóviles, en medio de una granizada de hierro y plomo, dispuestos, porque el enemigo no está todavía al alcance de sus fusiles. De tiempo en tiempo se oye un grito o un gemido. Esta

es, sin duda, la prueba más terrible que puede soportar nuestro soldado, estar firme bajo el fuego, con el arma cargada, entre un muerto y un herido!... Entonces es de la mayor necesidad la presencia de ánimo en los oficiales y clases. El soldado se ha amparado tras de un abrigo que le incita poderosamente a esconderse, y por consiguiente a no ver nada más y faltar a su deber de combatiente. Pero nuestro cañón responde; el enemigo avanza; ya se halla a tiro, ¡fuego!... Nuestro soldado está salvado. Se mueve, dispara, vuelve a cargar... Recordadle que apunte y no se pre-

cipite. Se escucha una voz: ¡armen bayonetas! que se ejecuta en seguida. El fuego cesa, y entre el humo que se disipa se descubre la línea enemiga que llega a la carrera con el arma calada, en medio de terrible gritaría. Es un momento espantoso; pero los oficiales gritan ¡fuego acelerado! y descarga una furiosa lluvia de plomo.

El enemigo huye y los nuestros le persiguen, mientras las cornetas los llaman y los oficiales se desgañitan gritando: ¡alto! ¡alto! ¡a sus puestos!



Temas de sección de infantería

TEMA N.º 1

Conducta de las tres secciones en el ataque de una compañía.

Una compañía se encuentra en avance hacia una altura, que se encuentra a unos 1.500 metros de distancia; se sabe que caballería enemiga está en avance sobre la misma. Se ve una patrulla de caballería enemiga sobre la altura. El comandante de la compañía ha hecho formar la columna de compañía con intervalos abiertos (R. E. I. 117 y 118) y ha adelantado dos escuadras desplegadas con tres pasos de intervalo como seguridad. La compañía sigue a 400 metros. En el flanco izquierdo se encuentra una corriente de agua. La punta recibe fuego desde la altura a unos 1.000 metros de ella; algunos proyectiles caen en la compañía.

El comandante de la compañía ordena:

“Segunda sección—intercalar en la punta; 3.ª sección—prolongar a la izquierda; 1.ª sección—alto; guía, 2.ª sección”.

Comentarios

2.ª Sección—Voz de mando del suboficial más antiguo (el jefe de sección está en la punta): “2.ª sección—A intercalar en la punta—3.ª y 4.ª escuadras por la derecha, 5.ª y 6.ª por la izquierda—En tiradores—Carrera—Mar”.

Según el (R. E. I. 173), la sección en columna de escuadras, a la voz de mando “tal sección por la derecha e izquierda—en tiradores”, despliega con las escuadras de la mitad cabeza por la derecha, las de la mitad posterior por la izquierda. Pero estando la sección fraccionada como en este caso, por haber adelantado dos escuadras como punta, se recomienda, especialmente bajo la influencia del fuego enemigo, ordenar cuáles escuadras despliegan por la derecha y cuáles por la izquierda. Para que la línea de tiradores se forme rápidamente, deben dirigirse las escuadras más oblicuamente que cuando se entra en línea en el orden cerrado.

Cuando la sección esté desplegada, el jefe de ella manda: “Carrera—Mar” para llegar cuanto antes a la punta, intercalando pausas (voz de mando: “Cuerpo a tierra”) para la respiración.

Mientras tanto, la punta ha ocupado una ondulación del terreno, tomando cubierta completa y apreciando la distancia. Si la punta está descubierta y recibiendo fuego del enemigo, entonces abre el fuego.

A las cuatro escuadras que intercalan les gritan el alza, si es que están haciendo fuego. Como el jefe de la 2.ª sección ve que la 3.ª prolonga a la izquierda, designa como sector para su sección algo más que la mi-

tad derecha del enemigo, para lo cual manda: "2.a sección, tirar desde el árbol alto a la derecha" (por lo general los sectores se indican de derecha a izquierda; este caso es una excepción). En caso de que la punta no haya abierto fuego manda: "Alza 10—Fuego de tiradores".

Los jefes de escuadras proceden inmediatamente a designar sus nuevas escuadras. Para conseguir una distribución uniforme de los jefes de escuadra al intercalar, se recomienda que los jefes de escuadra que están ya en posición se den vuelta, para impedir en esa forma que dos jefes de escuadra queden próximos. Si a pesar de esto sucediera que dos jefes de escuadra quedan próximos, el más moderno toma parte en el combate como tirador de la escuadra, hasta que las pérdidas posibiliten que aparezca nuevamente como jefe de escuadra.

La 3.a sección ha tomado posición a 150 metros a retaguardia y a la izquierda de la segunda y ha abierto el fuego. (Evitar las alineaciones de las secciones, preferir el escalonamiento).

El jefe de la 2.a sección resuelve atacar. El terreno no ofrece cubiertas. Voz de mando: "2.a sección—avanzar por escuadras" (R. E. I. 167). Guía, escuadra X (R. E. I. 171-2). Los jefes de escuadra mandan entonces, por ejemplo: "Escuadra Molina—Salto—carrera—Mar" (no: mi escuadra, R. E. I. 80-2).

200 metros delante de la primera posición hay una zanja. Aquí per-

manece el jefe de sección con la escuadra que se encuentra con él y grita a las escuadras que se acercan: "2.a sección—quedarse aquí"; después él manda: "2.a sección—Alza 8". En esta forma vuelve a tener bajo su dominio a la sección y ha dispuesto un alza uniforme (R. E. I. 167-2).

Como el fuego enemigo se debilita, avanza la 2.a sección por saltos con toda la sección desde la zanja.

3.a Sección.—El jefe de la 3.a sección, después de haber recibido la orden de prolongar la punta a la izquierda, manda: "3.a sección—A prolongar a la izquierda la punta—Por la izquierda—En tiradores—Carrera—Mar". La escuadra guía es, sin que haya necesidad de designarla, la de la cabeza (que quedará a la derecha). (R. E. I. 171, 215).

La sección avanza primero a la carrera (con pausas para la respiración) y abre el fuego cuando el del enemigo la obligue a ello. La caída de soldados aislados no es motivo suficiente para tomar posición inmediatamente.

Principio fundamental: Adelantar lo más posible la primera posición de fuego en el combate decisivo. Una alineación con la segunda sección, salvo que una cubierta la obligue, no sólo no es necesario sino que es perjudicial, pues el enemigo habrá reglado sus fuegos a esa distancia.

El avance se hace en igual forma que la 2.a sección.

1.a Sección. La 1.a sección deberá seguir detrás del ala más amenaza-

da (el ala derecha), como sostén y hacer alto. Voz de mando: "1.ª sección—Por la derecha (o izquierda) En línea—Carrera—Mar—Cuerpo a tierra".

La voz de mando "Cuerpo a tierra" debe seguir inmediatamente después de la de hacer entrar en línea, de modo que las escuadras echen cuerpo a tierra una después de otra. El jefe de sección bien adelante de la suya.

El jefe de sección ve, después de haber avanzado la 2.ª sección unos 400 metros, una ondulación del terreno a 150 metros de él. Ordena a su sección: "1.ª sección—por filas—avanzar hasta la ondulación del terreno: 1.ª fila a mi mando, 2.ª fila al mando del sargento N." y después: "1.ª fila—Carrera—Mar—Cuerpo a tierra—Descanso"—(o "la sección forma durante el avance en una fila—1.ª sección—Carrera—Mar").

Cuando la sección ha alcanzado la ondulación del terreno (está en 2 filas) aparece en el flanco caballería a 1.000 metros avanzando. Voz de mando: "Dirección a la caballería, obliquo derecha—Para tirar—Conversión a la derecha—Carrera—Mar—Alza 7—Fuego de tiradores" (R. E. I. 130, 459). Punto a apuntar, las patas de los caballos; no hay necesidad de cambiar el alza, pues la trayectoria con alza 7 no pasa sobre la altura del blanco.

El ataque ha sido rechazado. La sección toma nuevamente el frente y sigue a la línea de tiradores.

Despliegue hacia el flanco—Ataque

La compañía está en combate en el ala derecha, (ala no apoyada) del batallón.

1 y 1/2 secciones están desplegadas, 1/2 sección detrás; la 3.ª sección está en línea y a cubierto, escalonada a 300 metros, a retaguardia y a la derecha. Aparecen en el obliquo derecho de la sección tiradores enemigos que avanzan contra el ala derecha del batallón.

Comentarios

¿Cómo se encuentra la sección? La primera fila a la voz de mando "cuerpo a tierra" ha dado un paso adelante, la fila exterior un paso atrás. A la voz de mando "Cuerpo a tierra" debe seguir la voz de descanso (R. E. I. 34). Los fusiles están apoyados sobre el antebrazo izquierdo entre granadera y abrazadera, el cañón a la izquierda, la mano derecha en el guardamano y la vista al frente (R. E. I. 37). El jefe de sección no está cerca de la sección, sino ahí donde pueda observar mejor a su compañía y al terreno en el flanco derecho, es decir, más o menos bajo los árboles en A. (en terreno llano y descubierto lejos de su sección; no estar pegado a ella).

Los apreciadores de distancias y un corneta o tambor están con él (R. E. I. 170, 218). El tambor o corneta solo mira hacia el comandante de la compañía que está con la 1/2 sección y hacia la compañía que está de reserva del batallón, escalonada más a la

derecha y a retaguardia. Un apreciador de distancias observa hacia el frente, el otro hacia el flanco derecho. Al mismo tiempo se aprecian distancias hacia puntos especialmente importantes, tanto en el frente como en el flanco y se comunican estas apreciaciones a la sección. En este momento aparecen en el oblicuo derecho, tiradores enemigos.

Voz de mando: "3.a sección—Oblicuo derecho—Dirección al campo arado (o dirección a los tiradores que avanzan)—En tiradores—Carrera—Mar!" El jefe de sección se dirige con sus tres acompañantes hacia el lugar donde él quiere hacer entrar en posición a su sección y manda: "Posición—Carrera—Mar!". Como la sección debe hacer una conversión y debe desplegar, las escuadras no llegarán simultáneamente sino que entrarán unas después de otras en la posición. El guía no estaba ordenado; es por lo tanto la 4.a escuadra (la sección tiene 6 escuadras)—R. E. I. 171). Si por consideración al terreno es necesario designar la 2.a escuadra como guía, la voz de mando hubiera sido: "3.a sección—2.a escuadra guía—Dirección, etc." (R. E. I. 171). Después: "Al frente, en el campo arado, tiradores" (no tiradores enemigos o tiradores cuerpo a tierra, (R. E. I. 191). "Alzas 11 y 12—Fuego de tiradores". Las alzas de acuerdo con el R. T. I. 142; pero en general bastará una sola alza, aun en el caso de que no se conozca con seguridad la distancia, pues la dispersión en tiempo de guerra es más o

menos 4 veces mayor que la de tiempo de paz.

En la voz de mando hay que recalcar fuertemente los números 11 y 12. Si se supone que hay bastante ruido producido por el combate, es necesario que los jefes de escuadra repitan las voces de mando (R. E. I. 198).

El jefe de sección no debe hacer seguir inmediatamente una voz de mando después de otra. Así por ejemplo, recién cuando vea que la voz de mando: "Al frente, en el campo arado, tiradores" haya llegado hasta el extremo de la sección, manda el alza.

Una designación prolija del blanco no es necesaria debido a la visibilidad de él. La sección reparte uniformemente su fuego sobre toda la extensión del blanco, el que tiene un frente doble que el de la sección. Cada escuadra tiene por lo tanto como sector un blanco algo mayor que el doble del frente de una escuadra.

El jefe de sección ve que la 5.a y 6.a escuadras avanzan arrastrándose (Los jefes de escuadra mandan para ello: "Fusil en seguro, avanzar arrastrándose"). Los jefes de la 2.a y 3.a escuadras le comunican: "2.a y 3.a escuadras no pueden ver el blanco". La 1.a escuadra hace por propia iniciativa un salto; este procedimiento de la 1.a escuadra es el más conveniente.

El jefe de sección resuelve hacer un salto con toda la sección hasta la altura de la 1.a escuadra (R. E. I. 187). Voz de mando: "3.a sección

(o sección tal)—Salto—Carrera—Mar!”. Como una gran parte de los tiros son demasiado largos toma el alza más corta y manda: “Alza 11”. Si hubiera querido cambiar el alza mayor en una 200 metros menor, la voz de mando hubiera sido: “Cambiar 12 en 10” (no alza 12 R. E. I. 192). En este último caso la sección tiraría con alzas 10 y 11.

El corneta, que observa hacia retaguardia, ve que 2 secciones de la compañía de reserva despliegan para prolongar a la derecha de la sección. El comunica esto al jefe de la sección, a lo cual sigue la voz de mando: “Más vivo” (R. E. I. 193—no “fuego más vivo”). Las dos secciones entran

en posición a 150 metros a la derecha y a retaguardia. El jefe de sección manda entonces: “Más lento”.

Ahora se efectúa una nueva distribución del fuego. Voz de mando: “3.ª sección (o sección tal) tira desde el centro del campo verde hacia la izquierda” (algo más que la $\frac{1}{3}$ parte de la línea de tiradores enemigos, R. E. I. 203, 2.º párrafo). La voz de mando se pasa de soldado a soldado debido al ruido del combate; los jefes de escuadra que han entendido la orden, levantan el brazo (R. E. I. 198).

(Continuará)



ADVERTENCIAS

Toda la correspondencia debe dirigirse al señor Presidente de la Comisión de la REVISTA Y BIBLIOTECA DEL SUBOFICIAL, Florida 221, Buenos Aires.

Se ruega a los señores subscriptores dirigan sus reclamaciones en el más breve plazo posible, y que avisen con tiempo sus cambios de domicilios o de destino a los efectos del envío de la Revista y de los tomos de la Biblioteca; de lo contrario, no tendrán derecho a reclamo si no reciben dichas publicaciones. Las reclamaciones de números extraviados deberán hacerse en el término de 15 días en la República Argentina y de cuatro meses en el extranjero, a partir de la fecha de su publicación.

La REVISTA DEL SUBOFICIAL admite y solicita canje con publicaciones científico-militares.

Se reciben avisos en las oficinas de la REVISTA DEL SUBOFICIAL, de acuerdo con la siguiente tarifa:

1 página, contratapa, por publicación	\$ 50.—
1 página, por publicación	" 35.—
1/2 página, por publicación	" 20.—
1/4 página por publicación	" 10.—
Hojas volantes en color, intercaladas en la Revista (Convencional)	

Dirección, Redacción y Administración: FLORIDA 221 - Buenos Aires

Planilla de Subscriptores a la Revista y Biblioteca del Suboficial

<i>Cuerpo, Regimiento Instituto</i>	<i>Representante</i>	<i>Número de Suscritos</i>
Estado Mayor del Ejército		—
Servicios del Estado Mayor	Sargento 1º	Victor Ruiz
Dirección General del Personal		8
Dirección General de Arsenales....	Teniente	Héctor J. Méndez
Dirección General de Administración		14
Dirección General de Ingenieros ...		—
Dirección G. de Tiro y Gimnasia ..		—
Dirección General de Sanidad		—
Consejo Supremo de Guerra y Marina		—
Consejo de G. para Jefes y Oficiales		—
Consejo de Guerra para tropa		—
Comando 1ª División de Ejército ..	Capitán	Eduardo Alonso
" 2ª " " " ..		7
" 3ª " " " ..	Cabo 1º	Juan Verán
" 4ª " " " ..		11
" 5ª " " " ..	Sargento 1º	Juan Mercado
Colegio Militar	Sargento Ayudante ..	Pedro H. Pagura
Escuela Superior de Guerra	Sargento	José Antonio Duri
Escuela Militar de Aviación	O. de Administración ..	Juan Magliorero
Servicio Radiotelegráf. del Ejército ..	O. de Administración ..	Juan Magliorero
Escuela de Tiro	Sargento 1º	Ernesto Bastos
Escuela de Caballería	Sargento	Tito Ferreyra
Escuela de Suboficiales	Sargento 1º	Rodolfo Farina
Escuela de Mecánicos	Teniente	Héctor J. Méndez
Arsenal "Esteban de Luca"		15
Arsenal "San Lorenzo"	Teniente 1º	José Ríos
Arsenal "José María Rojas"		5
Polvorín del Riachuelo		—
Polvorín "Sargento Cabral"		—
Polvorín "Sargento Baigorria"		—
Compañía de Archivistas y Ciclistas ..		—
Compañía de Administración	Sargento	José B. Altamirano
		6

<i>Cuerpo, Regimiento Instituto</i>	<i>Representante</i>	<i>Número de Suscritos</i>
Compañía Obrera Topográfica	Teniente 1º	Atilio Cattaneo 11
Compañía de Disciplina	Sargento 1º	Domingo Martirene 12
Instituto Geográfico Militar		 —
Inspección G. de Aeronáutica		 —
Inspección de Radiotelegrafía		 —
Hospital Militar Central		 —
Hospital Divisionario		 —
Distritos Militares		 —
Regimiento 1 de Infantería		
" 2 " " "	Sargento Ayudante	Carlos Estevez 15
" 3 " " "	Sargento 1º	Fidel Díaz 14
" 4 " " "	Teniente	Juan Gómez 47
" 5 " " "	Teniente	Alberto Noblia 23
" 6 " " "	Sargento ayudante	Bernabé Reynoso 48
" 7 " " "	Teniente	Eduardo Juaristi 13
" 8 " " "	Teniente 1º	Juan J. Seery 32
" 9 " " "	Sargento 1º	Rafael Gadea 27
" 10 " " "	Sargento	Pedro L. Castiglioni 35
" 11 " " "	Cabo 1º	Juan A. García 17
" 12 " " "	Sargento 1º	Domingo Rojas 32
" 13 " " "	Subteniente	Juan Carlos Gómez 30
" 14 " " "	Sargento 1º	Vicente Rodríguez 52
" 15 " " "	Sbte de Ad.	Arturo Márquez 4
II Batallón 15 " " "		 18
Regimiento 16 " " "	Sargento Ayudante	Andrés del Sastre 48
" 17 " " "	Sargento 1º	José R. Vega 17
" 18 " " "	Sargento 1º	Justo Leguizamón 60
" 19 " " "	Sargento 1º	Horacio Montenegro 17
" 20 " " "	Sargento	Enrique Boucher 29
Batallón 1º " Zapadores Pontoneros.	Sargento	Manuel Avalos 14
" 2º " " " "	Sargento 1º	Lucio Sánchez Rosales 48
" 3º " " " "	Sargento Ayudante	Germán Agüero 5
" 4º " " " "	Subteniente	Alejo Miyoga 51
" 5º " " " "	Sargento 1º	Segundo Aguilar 20
Batallón 1º Ferrocarrileros	Sargento Ayudante	Tomás Agüero 15
Regimiento 1 de Caballería	Sargento Ayudante	Eusebio Horta 57
" 2 " " " "	Sargento	Fernando Herrera 27
" 3 " " " "	Sargento	Fructuoso Idoyaga 8
" 4 " " " "	Sargento Ayudante	Santiago Calcedo 25
" 5 " " " "		 —
" 6 " " " "	Sargento 1º	Alberto Velázquez 34
" 7 " " " "	Sargento Ayudante	Maciel Regis 25
" 8 " " " "	Sargento 1º	José Ferreyra 16
" 9 " " " "	Sargento Ayudante	Gino Meucci 26
" 10 " " " "	Sargento 1º	Carlos Peioni 55
" 11 " " " "	Sargento 1º	Horacio Romano 53
" 12 " " " "	Sargento	Eduardo Alvarez 32
Regimiento de Gendarmería		 52
Escuadrón "General Paz"		 4
Regimiento 1 de Artillería		 —
" 2 " " " "		 18
" 3 " " " "	Sargento Ayudante	Juan Traverso 52
" 4 " " " "	Sargento	Ricardo Melián 28
" 5 " " " "	Sargento	Pedro H. Rodríguez 25
Grupo 1º de Artillería Montaña	Teniente	Alejandro Quevedo 29
" 2º " " " "	Sargento	Pacífico Etchenique 27
" 1º " " a caballo		 —
Regto. 1º " Obuses	Capitán	Alfredo Urien 25
Oficiales		 101
Cadetes		 9
Brigadas de Infantería		 —
" " Caballería		 —
" " Artillería		 —
Unidades, Institutos, etc.		 22
Extranjero		 4